

DE LA MORAL Y LAS MORAS

Desmoralización. La apuesta que hizo la tecnocracia que asumió las riendas del poder en México el decenio pasado, se puede resumir así: las transformaciones económicas neoliberales inevitablemente cobrarían un gran costo social y encontrarían una gran resistencia. Para superar esta última, era indispensable usar a fondo el instrumental político autoritario a disposición de una presidencia con férrea voluntad de dominio. Se lograrían así no sólo los cambios económicos propuestos desde la cúspide del poder sino también se aseguraría la permanencia e intereses del pequeño grupo de jóvenes, arquitectos de la revolución neoliberal mexicana.

En los años ochenta la transformación del sistema político era ya una necesidad histórica. La exigencia de un pluralismo democrático estaba brotando por todos los poros de la piel social. Indicadores hubo muchos, entre otros, las elecciones de Chihuahua en 1983 y 1986, las nacionales de 1988 y la emergencia de la "sociedad civil" en el terremoto de 1985. La decisión del grupo De la Madrid y Salinas de posponer el momento de enfrentar la apertura real del sistema político terminó por llevar al país a un callejón sin salida.

Para ganar las elecciones nacionales de 1991 y 1994 en los términos del PRI se decidió subvaluar el peso, endeudarse con el capital especulativo extranjero y llegar a tener déficits sistemáticos en cuenta corriente del orden del 8 por ciento del

producto bruto interno. Para poder seguir adelante por ese camino, pavimentado con los dólares del capital internacional más volátil, se requerían altas dosis de confianza de los especuladores en el control del grupo tecnocrático sobre todas las variables políticas críticas. Sin embargo, el estallido de la rebelión chiapaneca, los asesinatos intraélite, las cuarteaduras en la cúpula -las amenazas de renuncia de Jorge Carpizo, las acusaciones del subprocurador Mario Ruiz Massieu a los líderes del partido de Estado- y la improvisación del equipo que asumió la responsabilidad política que finalmente desembocó en los "errores de diciembre": la huida masiva del capital, el fin del espejismo de un México a punto de ingresar al "primer mundo" y la necesidad de recurrir al megapréstamo norteamericano de emergencia e hipotecar las ventas externas de petróleo.

Lo que finalmente se perdió entonces no fue sólo dinero y niveles de bienestar, sino también algo de lo que ya había muy poco, que es imposible de cuantificar pero que es muy valioso y sin lo cual ninguna nación puede aspirar a la viabilidad: la moral colectiva.

Un Gran Problema. Esa moral colectiva no es algo tangible, pero los efectos prácticos de su presencia o ausencia son innegables y en extremo importantes. Cuando un grupo o un país tienen la moral en alto, puede superar obstáculos y avanzar a tranco largo en la conquista de sus objetivos. Fue esa clase de moral nacional, por ejemplo, la que permitió a los británicos

enfrentar solos el asalto alemán y ganar la "Batalla de Inglaterra" en 1940 en vez de seguir el camino de Francia. El otro lado de la moneda -el de sociedades con la moral baja- lo podemos observar en nuestro propio pasado. Ahí está, por ejemplo la terrible desmoralización causada por la derrota mexicana de 1847 en el siglo pasado; entonces más de uno consideró que México, como nación, estaba irremediabilmente perdida. Los años que siguieron fueron muy amargos, dominados por las pugnas internas y por un Santa Anna convertido en "Alteza Serenísima" y para el que ya no había ningún respeto pero que continuaba al frente por la simple falta de alternativa; cuando esa alternativa por fin llegó en 1855, lo hizo por la vía de la violencia.

El México de este fin de siglo es otro ejemplo de una sociedad desmoralizada. Esta vez no hemos perdido una guerra contra el extranjero, pero si una gran batalla contra nosotros mismos: contra la corrupción, la indignidad, el autoritarismo y el atraso económico.

Definiciones. Como cualquier concepto que busca encapsular un fenómeno humano y social muy complejo, en este asunto del espíritu colectivo hay lugar para varias definiciones e incluso contradicciones. En principio, la definición de la moral individual -"lo relativo al discernimiento entre el bien y el mal"- no ayuda mucho, pues un país, una sociedad, no es simplemente la suma de sus partes sino algo distinto. Eso lo sabía muy bien uno de los grandes de la sociología moderna, el

francés Emile Durkheim. En 1893, él afirmó en su primera gran obra *De la división del trabajo social*: "Moral, podemos decir, es todo lo que es fuente de solidaridad, todo lo que fuerza al individuo a contar con su prójimo, regular sus movimientos en base a otra cosa que los impulsos de su egoísmo, siendo la moralidad tanto más sólida cuanto más fuerte y numerosos son esos lazos" (Buenos Aires, Schapire, 1967, p. 338).

No hay duda que Durkheim captó bien la esencia de lo que es la moral de grupo, la moral nacional: la cohesión, la capacidad de conjuntar voluntades para llevar a cabo la empresa común, la creencia en el bien común y en el altruismo, en el sacrificio por los demás: los griegos en el Paso de las Termópilas. También advirtió, implícitamente, que si bien esta moral colectiva puede ser compatible con la moral individual - sería siempre lo deseable-, también puede ocurrir lo opuesto, como lo prueba, entre otros el caso de la alta moral colectiva de la Alemania del nacional socialismo de Hitler: la determinación colectiva de llevar adelante una terrible empresa común a costa de la propia vida.

Pero dejemos por ahora de lado la posibilidad de una contradicción en México tan compleja entre la moral social y la individual como la que ocurrió con los nazis. Entre nosotros no es necesario escarbar tan profundo para saber donde está la contradicción. Es suficiente simplemente con recuperar la definición que dio hace tiempo Gonzalo N. Santos, el famoso cacique y hombre fuerte potosino de los años cuarenta y

cincuenta y que dice así: "la moral es un árbol que da moras y que sirve para una chi..."

Nuestro Árbol de Moras. Es precisamente el doloroso reconocimiento de lo adecuado de la definición de Santos para explicar la realidad que él y miles de políticos como él han contribuido a crear en nuestro país, lo que ha terminado por producir un profundo escepticismo en muchos mexicanos en torno a la cosa pública. Hoy, al escuchar términos como solidaridad - elemento central de la definición durkheimiana de moral- no podemos menos que ponernos en guardia. En México solidaridad significa PRONASOL, la manipulación de las necesidades de los pobres por un presidencialismo brutal y corrupto.

La moral colectiva de los mexicanos no sólo está por los suelos debido a los efectos negativos que colectiva e individualmente tiene una crisis económica que ya dura veinte años, sino que además esta siendo herida al tener al escándalo como espectáculo cotidiano. En efecto, cada día la prensa nos trae la imagen de una clase política tramposa y corrupta, incapaz de anteponer el interés colectivo a los suyos. La lista reciente de revelaciones sobre el alto grado de corrupción e ineptitud en los altos niveles políticos es larga: el inequitativo, desproporcionado e inexplicable gasto del PRI tabasqueño para sacar adelante la elección de Roberto Madrazo, el asesinato masivo de campesinos por policías en Guerrero, la confesión de Mario Ruiz Massieu en Estados Unidos sobre la forma en que Carlos Salinas hizo llover dinero sobre él para

desvirtuar la investigación sobre el asesinato de su propio hermano, la afirmación de un exdirector prófugo de Aeroméxico - Gerardo de Prevoisin- de haber entregado ocho millones de dólares para la campaña priísta del 94, la desviación de recursos financieros gubernamentales en favor de uniones de crédito tramposas pero controladas por familiares del ex presidente Salinas, la exposición en el libro de Eduardo Valle *El segundo disparo* (Océano, 1995) del alto grado de penetración del narcotráfico en la estructura gubernamental, etcétera.

La Inocencia Perdida. La corrupción y el engaño han sido parte de la política mexicana desde tiempo inmemorial. Sin embargo, hasta el principio de los años sesenta parecía haber en la actitud colectiva una cierta voluntad de creer, una fe en la capacidad que, como colectividad, teníamos los mexicanos para enfrentar con éxito el reto de nuestro desarrollo. Al menos eso fue lo que se desprendió del estudios comparativo que hicieron los profesores Gabriel Almond y Sidney Verba en su obra *The Civic Culture: Political Attitudes and Democracy y five Nations*, (Princeton, 1963), un estudio basado en encuestas sobre las actitudes de los ciudadanos de Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Italia y México hacia ellos mismos, hacia sus dirigentes y sus sistemas de gobierno. Para sorpresa de los investigadores, y sin dejar de reconocer la corrupción prevalente, el nacionalismo y los valores de la Revolución Mexicana aún estaban vivos, y la moral de los mexicanos resultó ser superior a la de los italianos e incluso, en ciertos

aspectos, a la de algunos de los ciudadanos de los otros países investigados.

Hoy esa inocencia anterior a la noche de Tlatelolco está definitivamente perdida, la acabaron el 2 de octubre, el populismo locuaz e irresponsable de Echeverría, la frivolidad de López Portillo, la grisura medrosa de De la Madrid y, finalmente, la avidez patológica de poder de Carlos Salinas. La nueva moral nacional deberá reconstruirse ya no sobre el mito de la Revolución Mexicana sino sobre la destrucción definitiva del autoritarismo, el nacimiento de la democracia y el reconocimiento de que la erradicación de la terrible desigualdad que Alexander Von Humbolt descubrió en México hace casi doscientos años, es la tarea fundamental de nuestra colectividad en el siglo por venir.

La moral no es, ni ha sido nunca, un árbol que da moras. Y desde luego vale muchísimo más de lo que supuso Gonzalo N. Santos y toda la clase política que dilapidó sin pensarlo dos veces la confianza de los mexicanos en nosotros mismos.